

¹ LAS BATAS ROJAS DE VALMELINE (TARRAGONA, 1974). TRABAJADORAS, HUELGUISTAS Y REFERENTES DEL MOVIMIENTO OBRERO²

Cristian Ferrer González
Universitat Autònoma de Barcelona

En septiembre de 1974, el semanario progresista *Cambio 16* recogía que Tarragona había irrumpido en la escena huelguística española como la segunda provincia en número de horas no trabajadas.³ El motivo principal era el conflicto abierto en la empresa de confección textil Valmeline, Sociedad Anónima. Aunque sorprendente, aquel no era un caso aislado. Desde un tiempo atrás, era patente que la conflictividad laboral y política se estaba extendiendo más allá de las principales zonas industriales y que tomaba fuerza en los centros periféricos, hasta aquel entonces caracterizados por movilizaciones de baja intensidad.⁴ El de Valmeline era, además, el primer conflicto que tomaba nítidamente una dimensión local y que sobrepasaba el marco de la fábrica, para trasladar las protestas a la ciudad y convertirse, así, en un problema de orden público. No era para menos, pues en su desarrollo se produjeron las mayores manifestaciones públicas en Tarragona desde la Guerra Civil. Todo ello contribuyó a situar la huelga de 1974 como uno de los principales referentes culturales del nuevo movimiento obrero tarraconense, hasta que después se le sumasen las huelgas de la construcción de primeros de 1976.

La huelga se dio en un contexto local particular, en que las distintas fuerzas de la oposición antifranquista, enfrentadas desde hacía casi un lustro por las divisiones en el seno de Comisiones Obreras (CCOO), colaboraron estrechamente en su desarrollo y sostén. Lo hicieron tanto las que conformaban la *Asamblea de Tarragona*, en especial los comunistas, como sectores del socialismo autogestionario y del movimiento autónomo, que apostaban por generar espacios organizativos de base obrera. Pero lo realmente relevante sobre el conflicto de Valmeline fue su carácter eminentemente femenino y, en especial, su capacidad performativa en relación al movimiento obrero local. Un movimiento obrero que, como en tantas otras coordinadas geográficas, se había configurado sobre el arquetipo androcéntrico del trabajador industrial de cuello azul.

En efecto, los estudios que han abordado la historia del movimiento obrero bajo el franquismo desde una perspectiva de género han destacado su construcción en masculino.⁵ Ello atañía a los espacios en los que se desarrollaba su actividad, tanto dentro como fuera de las fábricas; sus formas orgánicas, como la composición de

la misma Comisión Obrera Local y Provincial, formada por industrias cuya mano de obra estaba formada mayoritariamente por hombres; y, en general, a la mentalidad hegemónica que elevaba lo masculino a lo universal en su seno. Aunque las mujeres no estuvieron ausentes en la conflictividad laboral durante la dictadura, sus acciones no siempre han quedado reflejadas en la documentación ni sus huelgas han pasado a la memoria colectiva, pues el sesgo de género del movimiento las ha invisibilizado. Tarragona no fue una excepción en este sentido, pero la trascendencia de la conflictividad del verano de 1974 no solo puso en el centro el carácter femenino de las movilizaciones, sino que aquellas fueron elevadas a la categoría de símbolo. Un símbolo que no incumbía solo a la parte femenina del movimiento obrero, sino a su totalidad. Así pues, el principal referente local de los trabajadores tarraconenses en el tardofranquismo se construyó en femenino y fue asumido con orgullo por obreros de ambos sexos.

El trabajo textil en Tarragona

Valmeline era una empresa multinacional de confección textil, fundada en 1974, de mayoría de capital alemán. Se dedicaba a la sastrería fina y estaba situada en las inmediaciones de la barriada obrera de Torreforta. La empresa había surgido de la absorción de una industria anterior llamada Seidensticker Española, igualmente de capital alemán, que se había dedicado a la confección de camisas desde que abrió sus puertas en 1965. Se trataba de una industria muy sensible a las fluctuaciones económicas internacionales, pues dos tercios de su producción iban destinados a la exportación.⁶ Cuando se inauguró, Seidensticker ocupaba a unas seiscientas operarias. En su mayoría eran jóvenes que provenían de las barriadas contiguas y que tenían una escasa experiencia en el trabajo industrial, pues la mayor parte aprenderían el oficio de confección en la misma fábrica.⁷ Su tamaño la convertía en la segunda industria en

número de trabajadores de la ciudad, solo por detrás de la Tabacalera.

La confección textil jamás había sido un sector preponderante en la ciudad de Tarragona, como sí lo había sido en la vecina Reus. La nueva industrialización tarraconense de la década de los sesenta había sido impulsada a partes iguales por el Instituto Nacional de Industria y por prácticas irregulares patrocinadas por el ayuntamiento. Desde ambas instancias se potenciaron grandes empresas del sector químico que favorecieron, a su vez, la proliferación de pequeñas industrias auxiliares, especialmente metalúrgicas y constructoras. El textil, contrariamente, era un sector que arrastraba problemas estructurales desde hacía décadas, una situación que se volvió insostenible con la crisis económica que abrió el *shock* petrolífero de 1973. El agotamiento del ciclo económico desarrollista se había dejado sentir en la industria textil tarraconense unos años atrás, pues ya en 1967 se hacía constar su abierta crisis.⁸ Entre 1971 y 1973 fueron registrados cinco expedientes de crisis que afectaban a 345 trabajadores, según datos de la Organización Sindical Española (OSE). En un contexto prácticamente de plena ocupación, la preocupación de las autoridades sindicales por el desempleo que causaban estos cierres era escasa, pues la gran mayoría de las afectadas eran mujeres en edades de estar casadas, por lo que se asumía que volverían al trabajo doméstico carente de regulación.⁹

La estructura industrial del textil en el cinturón de Tarragona era altamente dispersa, pues el 60% correspondía a talleres de reducido tamaño con plantillas menores a cien personas, y prácticamente el 30% de las empresas contaban con menos de veinticinco trabajadores.¹⁰ Aquellos eran los talleres de confección tradicionales diseminados por diversas poblaciones del área industrial tarraconense, como Torredembarra (sector que ocupaba al 24,7% de su población activa), la Riera de Gaià (31,5%), o la Poble de Montornès (15,3%); pequeños talleres que fueron sucumbiendo ante la obsolescencia de su

maquinaria y la competitividad que las nuevas empresas multinacionales imponían. Los números no podrían ser más elocuentes: si en 1964 el textil ocupaba al 11,6% de la población activa industrial de la comarca del Tarragonès, en 1975 este significaba solo el 5,9% de los empleos en el sector secundario.¹¹

Ciertamente, aquella era una dinámica persistente que la crisis no hizo más que acentuar. Sin embargo, fueron las grandes fábricas textiles las más expuestas a la contracción del mercado internacional, debido a su alta dependencia de crédito financiero y de las ventas al exterior. Incapaz de salir de una situación que empeoraba año tras año, la dirección de Seidensticker, tras drásticas reducciones de plantilla, decidió vender la empresa ante la imposibilidad de atraer inversiones en el marco de la crisis económica.¹² Valmeline nacía, pues, como producto de una incipiente reestructuración del textil que se prolongaría más allá de los límites del franquismo.

Condiciones laborales y redes de solidaridad en clave de género

Valmeline heredó de Seidensticker la fuerte disciplina laboral que entonces imperaba en Europa occidental. La llamada organización científica del trabajo era un método de organización y racionalización laboral propias del taylorismo, que no hacía sino ocultar los intereses patronales bajo el subterfugio del carácter racional del método. Asimismo, la justificación del complejo sistema de organización del trabajo como «científico» dificultaba su crítica por parte de las trabajadoras. El cronometraje de la producción se convirtió en la tónica dominante y, a través de él, se fijaba el cobro de las primas y de los incentivos, siempre que se hubiese superado el ritmo de trabajo considerado «normal». Se calcula que estos métodos permitían forzar el rendimiento en un 33%. Igualmente, el cronometraje no solo estimulaba el ritmo de trabajo, sino que, además, exigía no disminuir su calidad. El control del tiempo era tan estricto que a me-

nudo incluía un coeficiente de fatiga e, incluso, se regulaba la cantidad de tiempo imprescindible para que las trabajadoras satisficieran sus necesidades fisiológicas.¹³

Así lo recuerda una trabajadora que había entrado a trabajar en Seidensticker a los 17 años de edad:

[...] el trabajo era duro porque era un trabajo a destajo y en cadena, significa que las piezas iban pasando, y si te encontrabas mal, tus piezas quedaban atrasadas, y en el descanso o al final las tenías que terminar. Era un esfuerzo de trabajo muy grande, estaba todo medido, a base de décimas de segundo. Te decían que aquella pieza debía estar en veinte segundos, y la tenías que hacer en aquel tiempo. [...] te decían que tenías que realizar las piezas laborales en veinte segundos y [si] no las realizabas te [las] descontaban del destajo, y te daban unos mínimos muy mínimos que a penas ganabas. [...] tenías que cumplir los destajos. Te subían el destajo, cada vez exigían más trabajo, y lo que antes te pagan dos, pues ahora te pagan uno y medio, por el mismo trabajo que hacías unos días antes. No estábamos de acuerdo. El quid de la cuestión siempre era ese. El tema de pelea era ese fundamentalmente, las condiciones de trabajo.¹⁴

Otra trabajadora lo rememora en los términos siguientes:

[...] los destajos eran brutales, era lo que más reclamabas porque te dejabas ahí la espalda. Con el tiempo llegabas al destajo y te lo pasabas, pero claro cuando veían que habías cogido una práctica, que lo hacías con los ojos cerrados, pues te revivaban el destajo y te lo volvían a subir. Y eso era lo que indignaba. Siempre iban aumentándote el tope que tenías que hacer.¹⁵

El extenuante ritmo de producción y su impacto salarial debe valorarse en términos de género, pues en quienes recaía la nueva organización del trabajo textil era en las mujeres. Téngase en cuenta que, pese a la crisis estructural del sector, en 1968 el textil ocupaba aún a 91.000 personas en toda España, del que el 75% eran mujeres.¹⁶ Idéntica proporción puede observarse en el Gráfico 1, correspondiente a la

estructura laboral del ramo textil de la provincia de Tarragona a las alturas de 1972. Como se ve, el textil empleaba mayoritariamente a mujeres, y solo un pequeño grupo de hombres trabajaba en el sector. Su distribución interna era profundamente desigual. Algo más del 90% de los puestos de trabajo técnicos eran ocupados por varones, mientras que las mujeres alcanzaban el 72% entre las obreras especializadas, y hasta el 84,6% entre las no especializadas. Solamente en los trabajos administrativos había una presencia equilibrada entre hombres y mujeres, aunque las denuncias recurrentes indican que ellas percibían salarios inferiores por aquellas mismas tareas. Otro aspecto a tener en consideración era la juventud de la plantilla, pues se ha calculado que hasta el 95% de las trabajadoras en Seidens-ticker tenían edades comprendidas entre los dieciséis y los veinticuatro años.¹⁷

Ellos solían ser quienes se ocupaban del cronometraje en la cadena de confección o los que trabajaban en los puestos de mayor especializa-

ción, como la reparación de la maquinaria y del utillaje, empleos por los que obtenían también salarios mayores. Por el contrario, las obreras de Valmeline trabajaban fundamentalmente en la cadena de confección y no se les reconocía un jornal fijo, sino que su remuneración iba en función de unos máximos de trabajo estipulados por la empresa. Además, la segmentación de la plantilla en diversas categorías que, en la práctica, eran intercambiables, facilitaba y justificaba sus desigualdades salariales.¹⁸ Desde un punto de vida ideológico, la sexualización de parte de las tareas implicaba una minusvaloración del trabajo femenino en términos de género, que tenía a la postre un impacto directo en sus condiciones laborales. No se concebía que los hombres hicieran faenas propias «de mujeres», como la costura, lo que producía la exclusión femenina por su doble condición de asalariadas y de mujeres. Una difícil situación que minaba las posibilidades de ascenso dentro de la empresa.¹⁹

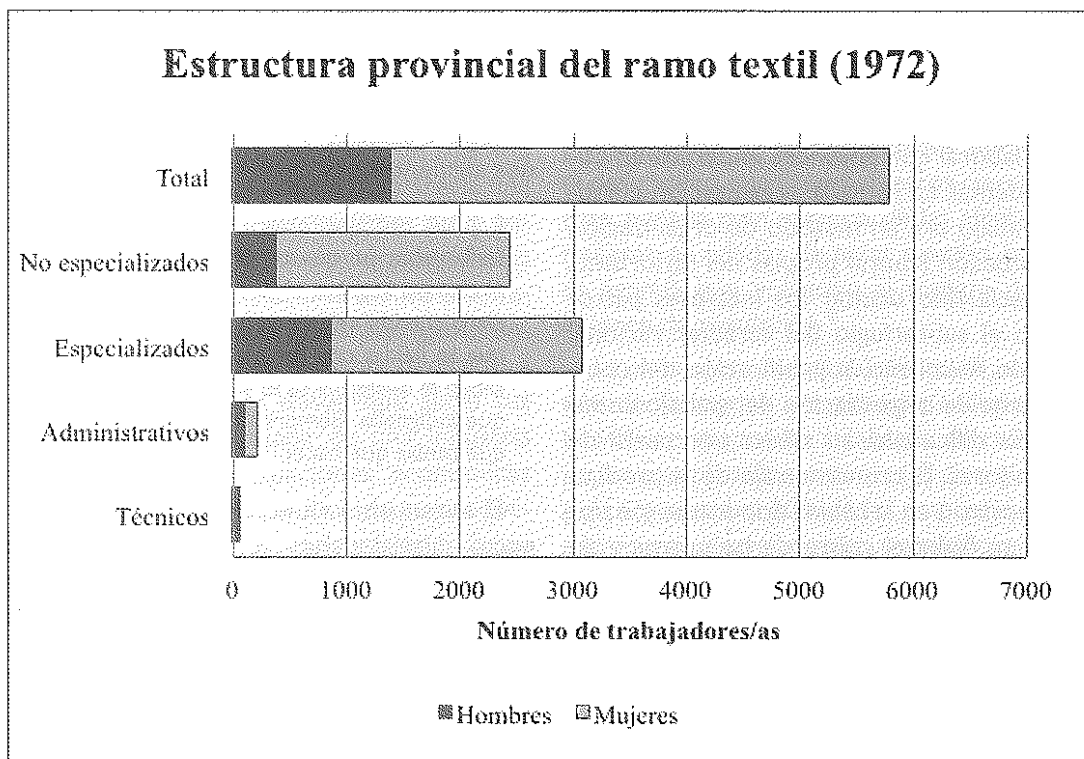


Gráfico 1: Elaboración propia a partir de la Memoria de actividades, 1972, AHPT, CNS, AS, caja 351.

La costurera Ángeles de la Fuente empezó a trabajar en la fábrica en 1968, cuando «éramos alrededor de quinientas mujeres». Confirma que ellas se dedicaban fundamentalmente a los distintos procesos de elaboración de las camisas y tejidos, mientras que «había pocos hombres, los de mantenimiento y algún encargado».²⁰ Se estima que el salario medio de una trabajadora de la confección era un 20% inferior al de un varón en el mismo puesto de trabajo. Además, los incrementos salariales medios del textil entre 1963 y 1976 estuvieron siempre por detrás de la media de los aumentos salariales industriales.²¹ En conjunto, resulta sencillo hacerse cargo de cuán precaria era la situación de las obreras de Valmeline.

A pesar de la situación de discriminación objetiva de las mujeres en el marco del trabajo industrial durante el franquismo, conviene ser cuidadosos y no establecer traslaciones automáticas entre desigualdades por razones de género y una conciencia e identidad de género reglada, incluso feminista.²² Ciertamente, había una dinámica subyacente en que la diferenciación sexual del trabajo polarizaba las relaciones laborales en términos de género, pues, en líneas generales, aquellos hombres del textil solían relacionarse más estrechamente con los mandos de la fábrica que con el resto de las trabajadoras. Del mismo modo, las mujeres tendían a establecer lazos de compañerismo y de amistad preferentemente entre ellas, ya fuera durante la jornada laboral, en el descanso, o de vuelta al barrio. Unas redes de apoyo y solidaridad que se activaban en ocasión de conflicto.²³ Acercarnos a las representaciones obreras y a la percepción de estas diferencias por razón de género a través del lenguaje, puede ser de utilidad para la reconstrucción histórica de la cultura obrera local en su conjunto;²⁴ unos elementos que, sin duda, operaron durante la huelga de 1974. Según publicaban las propias trabajadoras en el boletín local de CCOO:

Hay un jefe de producción que desde el primer día que pisó la fábrica nos viene vigilando cons-

tantemente y esa vigilancia a la persona psicológicamente le pesa mucho. Él tiene la mayor parte de la injusticia [sic], aunque los otros jefes tratan de igualarlo; entre ellos, el abogado Carlos Martí Prat, que se las inventa todas para que estemos lo peor tratadas y lo peor pagadas (con los correspondientes beneficios para él y su cuadrilla).²⁵

Como se ve, las trabajadoras se referían a los jefes y a quienes consideraban responsables de su situación utilizando el género masculino, mientras que las trabajadoras, sus compañeras, se asumían en femenino. Igualmente puede observarse tal distinción en el siguiente testimonio:

Si eres mujer simplemente, a ellos qué más les da. Ellos querían que tú les trabajaras mucho y no les crearas conflicto. Les importaba un comino si eras hombre o mujer. [...] Quiero decir, ellos lo único que querían [era] que les trabajaras, que les trabajaras mucho, y que les trabajaras bien. Si les decías que el ritmo de trabajo que te estaban marcado era excesivamente alto, no querían... Y si además había unos representantes que cuestionaban, cuando venía el controlador, si lo había hecho correcto o no... Al final lo del controlador era una pantomima. Si ellos decidían que esa pieza tenía que salir en dos minutos, ellos decían que había que subir el destajo, y ellos te subían el destajo, todo eso se lo cuestionábamos nosotras. Al terminar el mes cobrabas mucho menos, porque si no llegabas al destajo no cobrabas. Había unos mínimos que sí que se cobraban, pero eran muy mínimos.²⁶

Existía, en efecto, una polarización en razón de género, que se ve reflejada en ambas fuentes con el uso del «ellos» referido tanto a los mandos como a los responsables del cronometraje —«el jefe de producción» o «el controlador»— y un «nosotras» que alude al conjunto de las trabajadoras. Sin embargo, el mismo testimonio citado argumenta que el género no era *per se* la cuestión fundamental en la fábrica, sino la producción, el ritmo de trabajo y los salarios; ámbitos nítidamente atravesados por cuestiones de género. Junto a las demandas salariales y de trabajo, otra obrera recuerda reivindicar «mejoras para que las mujeres pudieran tener más facilidad si pedían. Recuerdo que yo fui la

primera mujer que pidió excedencia [de maternidad] en la fábrica... este tipo de mejoras».²⁷ La agenda de género sí que estaba sobre la mesa, aunque fuera subrepticamente. Motivaciones que no pasaron desapercibidas ante los ojos de las autoridades tras la huelga de 1974, pues, para prevenir la repetición de tales actos, apostaban por «la creación de guarderías y jardines de infancia, a fin de que las madres trabajadoras puedan realizar su función laboral libres de las atenciones de sus hijos menores. El plan comprende a las barriadas y zonas de concentración de mano de obra femenina».²⁸

En torno a estas cuestiones giraría la conflictividad en la empresa desde su misma apertura y, de nuevo, en el conflicto de 1974. En las elecciones sindicales de 1971, que renovó la mitad de los cargos sindicales que seguían en su cargo después de 1966, la candidatura vinculada a CCOO copó siete de los enlaces en disputa, a pesar que las menores de 21 años —que eran mayoría en la fábrica— no tenían ni derecho a voto ni a ser elegidas.²⁹ La presencia de militantes de CCOO en el sindicato vertical facilitó que se planteara la que fue la principal batalla en la fábrica entre 1971 y 1974: salirse del convenio provincial del textil y conseguir uno propio.³⁰ Cuando la empresa fue adquirida por los nuevos accionistas a inicios de 1974, las trabajadoras se organizaron de manera preventiva por si la nueva dirección osaba dar marcha atrás a lo que consideraban derechos adquiridos.

Anatomía de la huelga (I): el conflicto de fábrica

El malestar entre la plantilla empezó poco tiempo después de que los nuevos inversores adquirieran Seidensticker. Las trabajadoras habían obtenido mejoras al margen del convenio provincial del textil, que consideraban conquistas, mediante constantes movilizaciones de los años previos a la absorción. Con la inauguración de Valmeline en 1974 vino también la implementación de nuevos destajos. Una de las quejas recurrentes entre las trabajadoras era

que estos comenzaron a ser impuestos sin ni siquiera haber cronometrado previamente cuánto se tardaba en confeccionar la pieza en cuestión. Además, la aceleración del tiempo de trabajo no se tradujo en un aumento del precio del destajo, por lo que, en sustancia, los salarios reales habían menguado con la llegada de los nuevos propietarios. No era inusual que hubiese obreras que cobrasen de 150 a 160 pesetas por una jornada laboral de ocho horas, si bien las de mayor categoría podían alcanzar unas 200 pesetas diarias. De nada sirvieron las peticiones que las enlaces electas en 1971 hicieron a la dirección con el fin de elevar los salarios, pues esta alegaba el coste inmenso de la apertura de Valmeline en un momento de contracción económica para justificar tan exiguo pago.³¹

En señal de protesta, el 2 de julio toda la plantilla realizó un paro de una hora a pie de máquina, tal como habían hecho en ocasiones anteriores.³² La empresa no reaccionó, por lo que al día siguiente se mantuvieron durante una hora y media de brazos cruzados sin confeccionar ni una sola pieza. El seguimiento fue amplio y finalmente sí consiguieron que la empresa retirara los nuevos destajos y que se aplicase el coeficiente por producción vigente durante la etapa de Seidensticker. El riesgo de huelga hizo que Magistratura de Trabajo recomendara a la dirección de Valmeline iniciar la negociación de un convenio colectivo de empresa.

El conflicto latente desde la inauguración estalló, sin embargo, con la negociación del convenio. Las trabajadoras no pensaban detenerse en las condiciones igualmente duras que tenían cuando Seidensticker, y sospechaban que la empresa utilizaría el convenio para dar marcha atrás a algunas de las mejoras laborales que había obtenido al margen del convenio provincial en los últimos años. Las trabajadoras exigieron que el nuevo convenio fijara un sueldo igual para todas de 400 pesetas diarias, si bien tras varias negociaciones aceptaron rebajarlo a 350. El salario fijo era el elemento clave, pero también, o más importante aún, lo era establecer unas

condiciones equiparables para toda la plantilla que hacía un mismo trabajo. Su segmentación en múltiples categorías laborales implicaba que se aplicaran coeficientes distintos en sus respectivos destajos y, por consiguiente, que acabaran percibiendo salarios diferentes por el mismo trabajo realizado. Un salario base igual para todas era, pues, fundamental.

Además, solicitaban veinticinco días de vacaciones pagadas, primas de beneficio no inferiores al 10% del salario base y que la antigüedad se valorase al 6% en trienios y no en quinquenios, como solicitaba la empresa. La dirección, por su parte, accedió a dar a las obreras treinta días de paga doble, en lugar de los quince que tenían anteriormente; también se rebajó dos horas la jornada laboral del sábado y se comprometió a fletar autobuses desde el lejano barrio de San Pedro y San Pablo, así como de la vecina población de Vilaseca, que las dejarían a las puertas de la fábrica a las seis de la mañana para empezar la jornada laboral.

El *quid* de la cuestión estaba, sin embargo, en los destajos. Dependiendo de la categoría laboral que se ocupara, la empresa accedió a conceder jornales fijos de 264 a 320 pesetas solo si se alcanzaba el 100% de la producción establecida. Tal cosa era inaceptable por parte de las trabajadoras, pues en el control de los tiempos residía precisamente la raíz del problema de los salarios y de las condiciones laborales. Las autoridades competentes fueron conocedoras del conflicto antes de que se firmase como tal. En los informes mensuales de la OSE, puede leerse: «En Valmeline, S.A. existe cierta tensión con posibilidades de conflicto al no alcanzar transacción en la negociación del convenio de empresa».³³

Durante los días de negociación se sucedieron las asambleas en que las enlaces encargadas de intermediar con la dirección sometían a debate los acuerdos y las ofertas que recibían. El 11 de julio se decidió que los dos días siguientes, los dos últimos antes de las vacaciones, se realizaría una nueva huelga de brazos caídos dentro

de la fábrica. El paro duró toda la jornada y, según publicó la prensa legal, tuvo un seguimiento de 257 personas, esto es, sobre el 77% de la plantilla.³⁴ En los informes mensuales de la OSE se anotó al respecto: «Nos preocupa el posible desencadenamiento del paro en la Emp[resa] Valmeline, S.A. de Tarragona».³⁵ En efecto, poco antes del cierre por vacaciones del día 13 de julio, se personaron en la fábrica varios representantes del sindicato vertical, animando a las trabajadoras a deponer su actitud y a volver a las negociaciones tras el descanso estival, el 31 de julio. Las dos semanas festivas fueron aprovechadas para continuar las reuniones en unos espacios ampliamente utilizados por el movimiento obrero de Tarragona. Se hicieron diversas asambleas en la iglesia de Torreforta y en los locales de la asociación de vecinos del barrio. Ello permitió que el conflicto empezara a ser conocido en distintos puntos de la ciudad y que se involucraran plenamente en él las organizaciones políticas de la oposición, cuyas relaciones habían experimentado una mejoría tras el exitoso boicot a los autobuses en la barriada de Bonavista la pasada primavera.

Tras el regreso de las vacaciones, el día 31 de julio, se evidenció que la dirección de Valmeline no pensaba ir más allá de las escasas concesiones a las que había accedido, por lo que volvieron a producirse paros en la cadena de confección. La empresa sancionó entonces a las 182 trabajadoras que secundaron la huelga de brazos caídos las jornadas del 31 de julio y del 1 de agosto a tres días de suspensión de empleo y sueldo.³⁶ Como respuesta, el resto de plantilla paró los días 2, 3 y de nuevo el lunes 5 de agosto en muestra de solidaridad. Puesto que la dirección les prohibió el acceso al interior de la fábrica, las huelguistas permanecieron de pie frente a la entrada durante todas las jornadas y, al no conseguir reanudar las negociaciones, siguieron en huelga hasta el jueves 8.

El primero de agosto la dirección abrió expediente sancionador ante Magistratura de Trabajo contra las enlaces sindicales Pilar Fernán-

dez Caro, Matilde Dorado Molina y Anna Clúa Pradells por «los hechos ocurridos los días 12, 13 y 31 del pasado mes de julio, desatendiendo los requerimientos de la Delegación de Trabajo para reanudar la actividad laboral en la que había cesado parte de la plantilla de personal de la empresa».³⁷ Paralelamente, la dirección anunció que se extendían las suspensiones de empleo y sueldo a todas las huelguistas y se advirtió que, de no deponer su actitud, el despido sería definitivo. Las obreras de Valmeline siguieron yendo a las seis a pie de tajo dispuestas a ocupar su lugar de trabajo, por lo que finalmente la dirección solicitó permiso a la autoridad competente para realizar un cierre, un *lockout* —que les fue denegado— al tiempo que comunicó a 155 huelguistas la pérdida de un quinquenio de antigüedad.

La empresa se negó durante días a restablecer el diálogo con las representantes electas *ad hoc* en las asambleas, hasta que accedió finalmente el 8 de agosto. Las negociaciones duraron dos días, hasta que, el día 10, la dirección tarraconense de Valmeline telefoneó a la central en la República Federal Alemana, para que esta estableciera los límites de las concesiones. La respuesta fue fulminante: en su opinión, no había nada que negociar, salvo la aceptación por parte de las trabajadoras de las condiciones establecidas antes de las vacaciones de julio, y la reincorporación inmediata a sus puestos de trabajo; se les dio un límite de 48 horas antes de proceder al despido colectivo.

Anatomía de la huelga (II): el traslado del conflicto al espacio público

Ante el ultimátum de Valmeline, la asamblea obrera decidió reincorporarse al trabajo el sábado 10 de agosto con la única condición de que la dirección retirara el convenio y las sanciones, a lo que esta se negó, y comunicó que ya tenía confeccionada la lista de despidos. De nada sirvió la intermediación de los representantes del ramo textil de la OSE, instando a la

dirección a que recapacitara; tampoco la interlocución que la comisión obrera que estaba negociando el convenio entabló con la delegación de Trabajo: estos solo les dijeron que al haberse salido de los cauces previstos por la ley, se veían incapacitados para actuar en el conflicto.

Se respiraba el fracaso absoluto de la huelga. A pesar de la cabizbaja reincorporación al trabajo, el lunes 12 se hizo pública la lista de 162 despedidas, y la policía las obligó a desalojar la fábrica. La consternación de la OSE ante el incumplimiento de la palabra dada por Valmeline hizo que su actuación a partir de entonces se dirigiera a minimizar los choques entre empresa y trabajadoras. Los verticalistas temían que Valmeline fuera el detonante de una ola de conflictividad social, que ya se había mostrado en alza desde finales del año anterior en la provincia.³⁸ Informes internos reconocen explícitamente que el presidente local del textil, y persona de confianza de la OSE, Francisco Cabré Masdeu, debía actuar en el conflicto como el «hombre bueno» de cara a las obreras.³⁹ También el procurador familiar Juan Mestre intervino ante ellas, animándolas a que depusieran su actitud contestataria y comprometiéndose a intermediar con la empresa.⁴⁰

Tras ser despedidas y expulsadas, las trabajadoras marcharon en protesta hasta Magistratura de Trabajo vestidas con sus batas rojas de trabajo. Un recorrido que sería realizado en numerosas ocasiones durante todo el mes de agosto: desde la fábrica, en la periferia de Tarragona, hasta Magistratura, en su centro. Las acompañaban otras trabajadoras que abandonaron la fábrica en solidaridad con las despedidas. Tal como se lee en la prensa diaria, el día 14 «más de un centenar de empleadas, en su mayoría jóvenes, vistiendo sus uniformes de trabajo, se dirigieron pacíficamente a la Delegación de Sindicatos, y se estacionaron en las inmediateces del Gobierno Civil»,⁴¹ situado en la plaza Imperial Tarraco, en el corazón de la ciudad. A pesar de haber permanecido esperando más de tres horas, el gobernador civil se negó a recibir las.

Mientras tanto, la negociación del convenio continuaba. Junto a las condiciones de trabajo, la huelga y los despidos se situaron en el centro de las conversaciones. Durante la reunión celebrada entre las enlaces obreras y la dirección de Valmeline en el local de la CNS el 16 de agosto, más de medio millar de manifestantes se concentraba en sus alrededores.⁴² En la manifestación destacaban las jóvenes de Valmeline, vestidas con sus batas rojas, pero también acudieron a la llamada de las organizaciones de la oposición numerosos trabajadores químicos (BASF, IQA), metalúrgicos (Acerbi), de la construcción (Obras del Puerto), así como obreras de la mayor industria de la ciudad: Tabacalera.⁴³ Las negociaciones del día 16 y, de nuevo, del 20 de agosto no llegaron a buen término. Los representantes españoles de Valmeline alegaban que mantener los despidos era decisión directa de la dirección alemana y que, en última instancia, podían comprometerse a negociar la reincorporación caso por caso, a lo que se negaban las representantes obreras, pero bajo ningún concepto a una anulación colectiva de los despidos. Así las cosas, la OSE dictaminó que el contencioso debía ser resuelto por la Junta de Conciliación Sindical antes de que Magistratura de Trabajo estableciera una sentencia firme.⁴⁴

Durante todo aquel tiempo, la empresa permaneció sin actividad. Sin embargo, cada día a las seis de la mañana se reunían las obreras —las despedidas y las que permanecían en huelga por solidaridad— a las puertas de la fábrica con la intención de entrar a trabajar. Los piquetes garantizaban que ninguna trabajadora entrara si antes no lo hacían las que habían sido despedidas. Tras que los mandos se lo denegaran, a menudo con apoyo de la policía, se decidía en asamblea qué hacer a lo largo de la jornada. Siempre vestidas con sus batas rojas, las trabajadoras se dedicaban a recorrer en pequeños grupos los diversos polígonos industriales para explicar su situación y reunir fondos para la caja de resistencia: llegaron a recoger más de 100.000 pesetas. A cada reunión en sindicatos le sucedía una manifes-

tación enfrente. Necesariamente, aquellas manifestaciones en horario de trabajo debían afectar a la normalidad laboral de la ciudad, a pesar que no aparezcan en los informes de la OSE. Solo la constructora ADES figura como una empresa que, el 20 de agosto, realizó «un paro de solidaridad con las trabajadoras de Valmeline, que duró dos horas».⁴⁵

Resultaba evidente de que la huelga de Valmeline contaba con la simpatía del movimiento obrero y de parte de la ciudadanía, hasta el punto de que la empresa se vio en la obligación de hacer algunas «aclaraciones» en el diario provincial del Movimiento. En un intento por desprestigiar la huelga, se hicieron públicos los salarios y edades de las 147 huelguistas que Valmeline contabilizaba, pues las otras 162 se consideraban despedidas a todos los efectos. En un intento por dividir la plantilla, advertían: «Valmeline, S.A. es consciente de que un buen número de personas implicadas en actitud de paro, motivo del despido, lo ha sido en contra de su íntima convicción. Para estas personas Valmeline mantiene y reitera el ofrecimiento de considerar individualmente las peticiones de reingreso que sean formuladas por ese personal».⁴⁶ Entre estas ya no contaban a las 27 trabajadoras que no pudieron acceder a la fábrica por la actuación de los piquetes el 20 de agosto, a quienes Valmeline siguió pagando su salario íntegro desde entonces. Contrariamente, entre las huelguistas, los despidos y las sanciones proliferaron durante la última semana de agosto.⁴⁷ Fueron finalmente, también, objeto de sanción las enlaces sindicales que estaban negociando el convenio de empresa.⁴⁸

Aparte de la criminalización y represión patronal, también la policía armada reaccionó con violencia ante tan amplio movimiento de protesta. La manifestación del 16 de agosto frente a los locales de la CNS —de entre 500 y 600 personas, según las fuentes— fue disuelta violentamente por la policía, y diversas personas fueron arrestadas, si bien puestas poco tiempo después en libertad. El extenso y original repertorio de

protesta del que habían hecho gala las trabajadoras dentro de la fábrica —como cantar canciones ante la dirección o picar sobre los bancos de trabajo en señal de protesta— se volvió a utilizar en la calle. Por ejemplo, se dedicaron a vender piezas de ropa de Valmeline en los barrios para conseguir fondos para la caja común, o realizaban piquetes informativos por la Rambla, con el fin de ganar la simpatía de la población. Además, puesto que la policía se esforzaba en requisarles las batas rojas, convertidas en símbolo del movimiento, algunas huelguistas decidieron utilizar la moral conservadora en contra de la dictadura: «la policía quiso quitarnos las batas, y lo que decidimos es ir desnudas solo con el sujetador y la braga, que si nos quitaban la bata nos dejaban desnudas. Intentaron quitarlas y cuando lo vieron, se echaron atrás». ⁴⁹

El 24 de agosto se produjo una nueva manifestación frente a sindicatos, en la Rambla del Generalísimo, que contó con la participación de cerca de un millar de personas. Era sin duda la mayor manifestación pública desde la Guerra Civil, y en aquella ocasión la policía no cargó. A partir de entonces se hizo evidente el temor que ciertos empresarios albergaban respecto al conflicto. Eran ya diversas las empresas constructoras y metalúrgicas cuyos trabajadores reivindicaban mejoras laborales aprovechando el paro en Valmeline. En su totalidad habían sido concedidas sin necesidad de ir a la huelga. ⁵⁰ Temían un efecto contagio en sus fábricas, de lo que ya era el mayor conflicto vivido en Tarragona durante la dictadura. Ante una situación de anormalidad laboral que ya duraba casi dos meses, algunas empresas tarraconenses solicitaron reunirse con los representantes de Valmeline con el fin de convencerles de que recapacitaran en su cerrazón en torno al convenio y a las readmisiones. ⁵¹ Y no era para menos, pues el «conflicto de Valmeline, S. A. ha polarizado la atención laboral de la provincia», tal como reconocía la propia OSE. ⁵²

A primeros de septiembre Magistratura de Trabajo dictaminó sobre el despido de las en-

laces sindicales por los hechos acaecidos durante los primeros días de la huelga, en julio. El presidente provincial del textil estimaba que las horas no trabajadas se debían al «cese en la producción por parte de toda la plantilla debido precisamente a la reunión que convocaron las operarias que formaban parte de la Comisión Deliberante del Convenio de empresa, para informar sobre la marcha del mismo, todo ello con el conocimiento de la dirección de la empresa». ⁵³ En opinión del presidente del textil la sanción debía ser absolutoria, pues en ningún momento las obreras se negaron a trabajar sino que, simplemente, estaban informando a sus compañeras de la marcha del convenio. Tal cosa es rotundamente falsa, pero fue a lo que se cogió la OSE para poner fin al conflicto.

Magistratura de Trabajo hizo lo propio y coincidió en lo fundamental con el dictamen de la OSE, por lo que instaba a la empresa a revocar el despido de las enlaces sindicales. La absolución de las enlaces fue el golpe definitivo para las posiciones inmovilistas que sostenía la dirección de Valmeline. El director alemán de la compañía se personó en Tarragona a primeros de septiembre y se reunió con las trabajadoras en asamblea en los locales de la CNS. Allí anunció lo que a ojos de muchos parecía obvio: que Valmeline daría marcha atrás a los despidos y las sanciones. Y no solo eso, sino que se comprometió a abonar los salarios de todos los días no trabajados y a reanudar las negociaciones de cara a elaborar un convenio colectivo de empresa. La huelga fue una victoria sin paliativos para las trabajadoras.

Valmeline en la memoria del antifranquismo

La huelga de julio-septiembre de 1974 colocó a Tarragona como la segunda provincia en número de horas no trabajadas de todo el Estado español, tal como puede apreciarse en el Gráfico 2. Parece razonable atribuirlo a la calma relativa que suele caracterizar el mes de agosto en materia de paros y al despunte que supuso

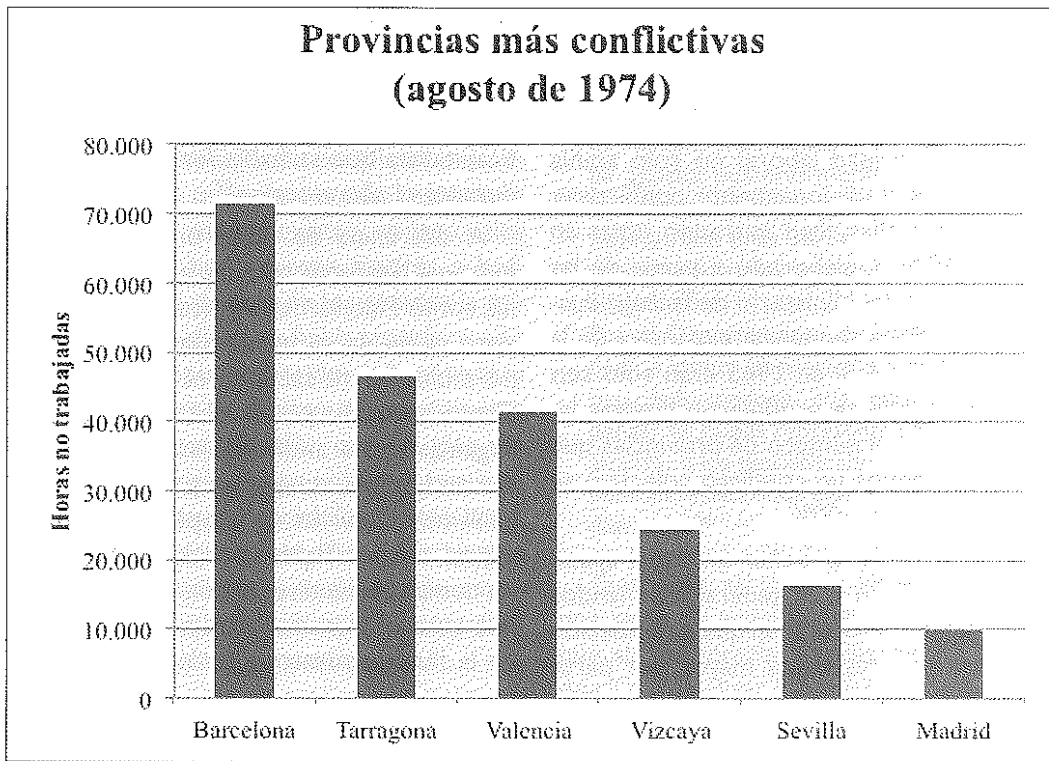


Gráfico 2: Elaboración propia a partir de datos publicados en Cambio 16, 148 (16/22-IX-1974)



Gráfico 3: Elaboración propia a partir de los informes anuales sobre conflictos laborales del Ministerio de Trabajo (1963-1975). Archivo Central del Ministerio de Trabajo.

una huelga tan dilatada en el tiempo y con una cantidad tan elevada de trabajadoras implicadas como la de Valmeline. En cualquier caso, el hecho resulta representativo de una tendencia general en que la conflictividad laboral no solo atañía ya a las regiones tradicionalmente conflictivas, sino que, junto a ellas, iban entrando otras en escena. El Gráfico 3, elaborado a partir de las series estadísticas del Ministerio de Trabajo, ilustra claramente dicha tendencia expansiva de la conflictividad laboral. Si en 1965 eran solo seis las provincias donde se produjeron huelgas laborales, para 1974 el número de provincias que presentaron al menos un conflicto colectivo se había multiplicado un 500%.

La OSE intentó desempeñar un papel apaciguador en el conflicto y, en general, los mandos locales del régimen procuraron que su actuación no ocasionara una respuesta mayor por parte de las organizaciones antifranquistas. Quedaba cerca la experiencia del boicot de los autobuses de Bonavista, donde la represión policial a punto estuvo de hacer que la protesta se extendiera en forma de huelga general en aquel barrio.⁵⁴ Igualmente, la situación en el Baix Llobregat durante el mes de julio y la posibilidad de que algo parecido sucediera en Tarragona no debía ser algo ajeno al pensamiento de las autoridades.⁵⁵ No pasó desapercibida para los verticalistas de la OSE la actuación conjunta del antifranquismo, pues: «la huelga de las trabajadoras de Valmeline, S.A. ha puesto en evidencia diversas actividades de oposición, traducidas en lanzamientos de octavillas de CCOO y PSUC, concentraciones, y manifestaciones públicas, con exhibición de las batas de trabajo, en las que se observó la participación de miembros de distintas ideologías de oposición».⁵⁶

En efecto, diversas eran las organizaciones política clandestinas con presencia en Valmeline. Perteneían, sobre todo, al nicho ideológico del cristianismo social, pues la Juventud Obrera Cristiana (JOC) siempre fue una organización preponderante en el textil tarraconense. De ahí provenían la mayoría de militantes de las nue-

vas corrientes del socialismo autogestionario con presencia en la fábrica, en especial el grupo organizado alrededor de la publicación *Topo Obrero*, una tendencia de la nueva izquierda anticapitalista que se había formado en Tarragona durante el año anterior.⁵⁷

A diferencia de otras organizaciones de la extrema izquierda con implantación en Tarragona, como Plataformas Anticapitalistas, que había visto reducida su incidencia en la huelga debido a una fuerte caída en el mes de mayo, *Topo Obrero* apostaba por colaborar con el resto de organizaciones antifranquistas cuando se producían huelgas, aunque no participara en los organismos unitarios de la oposición.⁵⁸ Si bien en alguna ocasión habían protagonizado conflictos en competencia directa con el PSUC, en Valmeline colaboraron intensamente en el desarrollo de la huelga, puesto que, como reconocían los propios comunistas, en aquellos momentos «las relaciones con otros grupos u organizaciones denominadas 'izquierdistas' han experimentado una mejoría».⁵⁹

Los comunistas eran la principal organización en el movimiento obrero de Tarragona, pero su implantación en Valmeline —así como en otras empresas cuya mano de obra era eminentemente femenina— era escasa. La JOC había mostrado gran iniciativa en la fábrica desde 1966, y el PSUC había intentado formar CCOO de fábrica desde entonces.⁶⁰ No fue hasta poco antes de las elecciones sindicales de 1971 cuando se logró formar una comisión obrera y hacer funcionar una célula comunista en la fábrica.⁶¹ Además, tras su reorganización en mayo de 1974, algunas de las trabajadoras más jóvenes de Valmeline empezaron a militar en la recientemente reconstituida Joventut Comunista de Catalunya (JCC).⁶²

Sin embargo, lo que convirtió la huelga de Valmeline en un referente del movimiento obrero no fue *per se* la participación de organizaciones políticas, sino su dimensión ciudadana, y esta sería inexplicable sin varios factores interrelacionados y que son representativos del desarrollo mismo del antifranquismo, tanto en Tarragon

como a nivel del Estado español. Primeramente, la emergencia de las mujeres —en especial, las mujeres trabajadoras— como agentes de movilización sociopolítica. En efecto, durante las décadas anteriores puede certificarse el extrañamiento de las mujeres obreras respecto a las organizaciones antifranquistas, en las cuales actuaban en tanto que esposas, madres o hermanas.⁶³ Pero en la década de los setenta la militancia sindical y política se había transformado al calor de su propia actuación, más abierta y plural. Esta era capaz de ofrecer a las mujeres un espacio mixto de socialización que iba más allá de la actividad estrictamente política y que atañía a nuevas formas de sociabilidad, más laxas, donde la moral tradicional se diluía. La irrupción de nuevas organizaciones juveniles y de movimientos que politizaban lo cotidiano, contribuyó, qué duda cabe, decisivamente a ello.⁶⁴

Además, la propia participación femenina avanzaba en la multiplicación y diversificación de los frentes de militancia. La emergencia de un potente movimiento vecinal en barriadas como Bonavista, Torreforta o La Floresta generó espacios de actuación capaces de superar el marco-fábrica y donde las mujeres tuvieron un rol predominante.⁶⁵ Por otro, el incipiente movimiento juvenil —que en Tarragona adquirió un notable desarrollo y extensión a través de la JCC— fue un polo de atracción de numerosas jóvenes que encontraban en él un modo de funcionar distinto al del PSUC; un espacio más feminizado y donde igual se discutían textos de Lenin que se organizaba un taller de educación sexual.⁶⁶ En general, el juvenil fue un espacio que contribuyó decisivamente a que la huelga de Valmeline saliera de la fábrica y encontrara cobijo y solidaridad en los barrios y en el tejido asociativo formado por jóvenes.⁶⁷ Por último, el nuevo movimiento obrero se vio renovado con la creciente participación de las mujeres, tanto a nivel de asambleas de base como en los conflictos laborales. Una dinámica, esta, que no pasó desapercibida para la OSE, a pesar de asumir que estaban siendo instrumentalizadas por la oposición:

La mujer trabajadora, especialmente la joven, ha sido presionada fuertemente para que radicalice sus demandas laborales, colocándose en situación de paro. Esta actitud la siguieron las trabajadoras de Valmeline, en número de 180, durante el mes de agosto; posteriormente lo efectuaron las de Interflama, en número de 100, Loste, con 50, y Reycon, con unas 30. Se llevaron a cabo intentos similares entre las trabajadoras de Tabacalera, sin ningún éxito.

Por el Departamento de Trabajo de la Mujer se dedicó atenta observación a estos acontecimientos, deduciéndose que quizá sea conveniente pensar en que la representación sindical se pueda alcanzar a los dieciséis años cuando la mayoría del personal esté comprendido entre dicha edad y los dieciocho.⁶⁸

Tanto era así que *El Diario Español* publicó una serie de artículos en contra de las huelgas que, sin nombrarlas expresamente, iban destinados a criminalizar la actuación de las obreras de Valmeline, calificando su lucha como de «huelga salvaje».⁶⁹ En uno de estos artículos se analizaba la crisis del sector textil catalán y se apuntaba como una de sus principales causas los «incesantes aumentos salariales», como el conseguido en Valmeline.⁷⁰ Pero si esta fue la lectura que trataron de instaurar las autoridades del régimen, el intento fue baldío, pues entre los trabajadores tarraconenses la huelga permaneció en la memoria como una muestra de ejemplaridad obrera. Así, en el testimonio de Juan Aragón, uno de los dirigentes locales de CCOO, la de Valmeline es conceptualizada como una huelga justa que, además, contó con un gran apoyo externo: «¡Entonces esta empresa tuvo una solidaridad tan grande que participaron una cantidad de trabajadores! ¡Se solidarizaron con... con ella! ¡Fue una cosa! ¡Vamos, una demostración de solidaridad tremenda!». También otro militante de CCOO rememora el conflicto en unos términos cuasi heroicos, en los que resalta el amplio apoyo popular que recibió: «todo el tiempo que estuvieron esta gente parada y allí encerrada en la Valmeline se recogía alimento, dinero, e incluso estas comenzaron a vender ropa, prendas de las que allí fabricaban».⁷²

En relación a las estructuras simbólicas del movimiento obrero tarraconense, las huelgas de 1974, y la de Valmeline en el centro, contribuyeron a la construcción de un arquetipo de «mujer» –joven, consciente, luchadora– como un recurso cultural para la movilización obrera. No son infrecuentes las anécdotas en torno a la elevada «conciencia de clase» entre las trabajadoras de Valmeline, sintetizada en la polarización entre huelguistas y «esquirols», estos últimos, a menudo, varones. Parece ser que tras el éxito de la huelga, las trabajadoras impidieron que un obrero de planta que no había abonado la huelga percibiera los incrementos salariales correspondientes. «¡A usted la subida no le corresponde!», rememora un obrero de la construcción que le dijo el encargado al trabajador de Valmeline. ¿El motivo? «¡Hombre, porque usted ha sido un esquirol y no ha querido acompañar a los trabajadores!». Además, añade: «este compañero, cuando entraba al salón donde estaban las máquinas [...] se tenía que ir de las cosas que le... que le decían».⁷³

Con independencia de la veracidad de este tipo de relatos,⁷⁴ lo que nos indican es la construcción exitosa de un referente de ejemplaridad obrera en Tarragona encarnado en la figura de las trabajadoras de Valmeline. Un símbolo movilizador que, a diferencia de otros anteriores, no victimizaba ni masculinizaba a las mujeres;⁷⁵ sino que las asumía como un modelo para toda la clase obrera. En este sentido, no debe sorprender que las trabajadoras de Valmeline encabezaran las marchas del primero de mayo a finales de los setenta.⁷⁶ Sus batas de trabajo, que como los símbolos históricos del movimiento de los trabajadores, también eran rojas, vinieron a incorporarse al acervo cultural obrero en Tarragona.

Las costureras de Valmeline volverían a hacer uso de todos estos referentes simbólicos para movilizar y granjearse la solidaridad de sus conciudadanos en las huelgas que protagonizaron en 1976.⁷⁷ Con el cambio político no se acabaron los problemas en Valmeline, y entre 1976 y 1980

las trabajadoras protagonizaron numerosas movilizaciones que, de nuevo, contaron con la adhesión solidaria de muchos otros segmentos de la clase obrera. Finalmente, la fábrica anunció su clausura en marzo de 1980 y su deslocalización. Atrás quedaban numerosos expedientes de regulación de empleo y un último encierro de 28 días en el interior de la fábrica por parte de las trabajadoras.⁷⁸

Consideraciones finales

La de 1974 fue la huelga obrera más dilatada de toda la dictadura en la ciudad de Tarragona: setenta días. El de Valmeline fue un conflicto que bien podría medirse, en intensidad, con otros como el de Harry Walker, en Barcelona (61 días entre diciembre de 1970 y febrero de 1971) o el de 1976 en la empresa Roca de Gavà (42 días), si bien muy lejos de los 171 días de huelga en «Bandas» de Echévarri, en Vizcaya, de 1966 a 1967.⁷⁹ En este sentido, no resulta baladí subrayar que una de las huelgas más largas bajo el franquismo se produjo en un escenario, hasta entonces, secundario en términos de lucha de clases, como lo era Tarragona. En efecto, la geografía de la conflictividad laboral se había expandido desde 1970, y ello resulta indicativo tanto de la extensión de una cultura de protesta entre la clase obrera como de una muestra palpable de la crisis del régimen franquista.⁸⁰

La clase obrera ha sido asumida aquí como un espacio para la acción política, como un conjunto de demandas emergentes sobre el mundo social al que se pretende ordenar bajo otros términos. Un espacio, en definitiva, constituido por múltiples construcciones culturales y no como una dimensión ontológica y objetiva.⁸¹ Todo ello nos ha llevado a indagar en las fórmulas simbólicas concretas destinadas a la movilización sociopolítica de las trabajadoras y los trabajadores en los mismos espacios en los que se generaron y sobre los que actuaron. He aquí las razones por las que hemos evitado presentar el de Valmeline como un caso a extrapolar

al marco general español. No por ello, se han dejado de evidenciar situaciones análogas acaecidas en fechas cercanas en otros espacios y lugares que faciliten a ulteriores investigaciones recorrer los caminos apuntados aquí, aunque no recorridos. Ha sido una decisión consciente, puesto que se trataba de explicar cómo se construyó, en un marco concreto, un arquetipo obrero en femenino que fue asumido por trabajadores de ambos sexos, que devino un elemento movilizador y que ha permanecido en la memoria colectiva del antifranquismo hasta la actualidad. Consideramos que aquel modelo de ejemplaridad obrera no puede ni debe ser trasladado a otros casos, pues las culturas obreras y antifranquistas se articularon fundamentalmente en la esfera local.⁸²

Es evidente que muchas mujeres trabajadoras durante el tardofranquismo fueron capaces de construirse colectivamente como sujetos para la acción mediante sus prácticas de participación horizontales y, en este proceso, transformaron también los espacios de actuación del movimiento obrero en su conjunto. Unos espacios de democratización y de aprendizajes ajenos a unas instituciones dictatoriales pero que permearon entre la sociedad civil organizada.⁸³ En este estudio se ha alertado sobre la creación de nuevos modelos, nuevos símbolos, que sirvieron para la movilización sociopolítica de la clase trabajadora en clave femenina. Sin duda, casos similares al de Valmeline debieron darse en otros lugares, en otras empresas, en otras barriadas, y codificaron los rasgos de aquellas culturas obreras y populares. Conocerlos en mayor profundidad nos permitiría recuperar gran parte de la historia del movimiento obrero bajo el franquismo aún por descubrir.

NOTAS

^{1/2} Esta investigación forma parte del proyecto HAR2015-63657-P financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad español y por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional de la Unión Europea. Orcid n.º 000-0001-7215-2239. Email:

cristian.ferrer.gonzalez@gmail.com. Antes de ver la luz, este artículo ha merecido la lectura y comentario crítico del director de mi tesis doctoral, Pere Ysàs, y de mi colega Ada Lasheras, por lo cual les estoy profusamente agradecido.

- ³ *Cambio* 16, 148 (16/22-IX-1974).
- ⁴ MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 201 y ss.; JARNE, Antonieta, *L'oposició al franquisme a Lleida*, Lleida, Pagès, 1998, pp. 188-212; ORTEGA, Teresa, *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, Ediciones UGR, 2003; SARTORIUS, Nicolás y SABIO, Alberto, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975 – junio de 1977)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, pp. 63 y ss.; MARTÍN, Óscar, *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Catarata, 2008; ORTIZ HERAS, Manuel (coord.), *La transición se hizo en los pueblos. El caso de la provincia de Albacete*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.
- ⁵ MUÑOZ RUIZ, M.^a Carmen, «Género, masculinidad y nuevo movimiento obrero bajo el franquismo», en BABIANO, José (ed.): *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Catarata, 2007; VARO, Nadia, *Las militantes ante el espejo. Clase y género en las CCOO del área de Barcelona (1964-1978)*, Valencia, Germania, 2014.
- ⁶ LLOP, Josep, *La industrialització de Tarragona (1957-1971) i les seves circumstàncies*, Tarragona, Arola, 2002, p. 92.
- ⁷ DUCH, Montserrat y FERRÉ, Meritxell, *De súbdites a ciutadanes. Dones a Tarragona, 1939-1982*, Tarragona, CEHS, 2008, pp. 159-178.
- ⁸ *Memoria de actividades*, 1967, Arxiu Històric Provincial de Tarragona (AHPT), Fondo provincial de la Central Nacional-Sindicalista (CNS), Asuntos Sociales (AS), caja 11.
- ⁹ *Memoria de actividades*, 1971-1973, AHPT, CNS, AS, cajas 351-352.
- ¹⁰ *Memoria de actividades*, 1972, AHPT, CNS, AS, caja 351.
- ¹¹ MARGALEF, Joaquim, *El Tarragonès. Estructura econòmica, expansió industrial i desequilibris sectorials*, Barcelona, Caixa d'Estalvis de Catalunya, 1979, pp. 130-136.
- ¹² MOTA, José Fernando, «La reorganització del moviment obrer al tèxtil català (1960-1981)», en LLONCH, Montserrat (ed.), *Treball tèxtil a la Catalunya contemporània*, Lleida, Pagès, 2004, p. 175.

- ¹³ BABIANO, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo* (Madrid, 1951-1977), Madrid, Siglo XXI, 1995, pp. 96-99.
- ¹⁴ Entrevista a Ángeles de la Fuente Benito, 2007, Arxiu Històric de la Ciutat de Tarragona (AHCT), Fondo Sonoro (FS). Original en catalán, traducido por el autor.
- ¹⁵ Entrevista a Matilde Dorado Molina, 21-XI-2007, AHCT, FS.
- ¹⁶ DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, «Trabajo y género en la España franquista. Estudio comparado de dos sectores: la confección-textil y los ferrocarriles», en NIELFA, Gloria, *Mujeres y hombres en la España franquista. Sociedad, economía, política y cultura*, Madrid, Complutense, 2003, p. 223.
- ¹⁷ DUCH, Montserrat y FERRÉ, Meritxell, *op. cit.*, p. 173.
- ¹⁸ BABIANO, José, *Emigrantes...*, *op. cit.*, pp. 110-111.
- ¹⁹ Análogo ejemplo puede verse en el textil albacense, véase MARTÍN, Óscar, *op. cit.*, pp. 120-122. Para el caso madrileño, véase DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, «Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 21 (1999), pp. 279-293.
- ²⁰ Entrevista a Ángeles de la Fuente Benito, 2007, AHCT, FS. Original en catalán, traducido por el autor.
- ²¹ MOTA, José Fernando, *op. cit.*, p. 167; CUADRA-DA, Coral y GUTIÉRREZ ESCODA, Esther (eds.), *Les danes als orígens de Torreforta*, Tarragona, CEHS, 2014, p. 241. Una explicación más amplia en DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, «El trabajo en la confección-textil: un oficio de mujeres», *Espacio, Tiempo y Forma*, 19 (2007), pp. 371-392.
- ²² BABIANO, José, «Mujeres, trabajo y militancia laboral bajo el franquismo. (Materiales para un análisis histórico)», en BABIANO, José (ed.), *op. cit.*, p. 53.
- ²³ Entrevista a Matilde Dorado Molina, 21-XI-2007, AHCT, FS.
- ²⁴ Tal como ha señalado TÉBAR, Javier, «El obrero imaginado. Representaciones sociales, culturas políticas y movilización social», en SANZ, Julián; BABIANO, José y ERICE, Francisco (eds.), *E.P. Thompson. Marxismo e historia social*, Madrid, Siglo XXI, 2016.
- ²⁵ *Unión Obrera*, 1 (IV-1971). Las cursivas son nuestras.
- ²⁶ Entrevista a Ángeles de la Fuente Benito, 2007, AHCT, FS. Original en catalán, traducido por el autor. Las cursivas son nuestras.
- ²⁷ Entrevista a Matilde Dorado Molina, 21-XI-2007, AHCT, FS.
- ²⁸ *Memoria de actividades*, 1974, p. 7, AHPT, CNS, AS, caja 352.
- ²⁹ PARDELL, Josep, *Carta de Serós*, 14-VII-1971, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Fondo Nacionalidades y Regiones (NR), Catalunya, caja 59, carpeta 4.
- ³⁰ *Memoria de actividades*, 1973, AHPT, CNS, AS, caja 352.
- ³¹ Las demandas de las trabajadoras y la marcha de las negociaciones a fecha del 17 de agosto, en *Quinzena Informativa*, s/n, 6-IX-1974.
- ³² La primera huelga de brazos caídos se produjo en 1966 y causó un gran impacto entre la oposición. Desde entonces los comunistas se esforzaron en tratar de formar una célula en la fábrica, meta que no alcanzaron hasta 1971. Sobre la huelga de 1966, véase PARDELL, Josep, *Carta de'n Sitges*, 29-VIII-1966, AHPCE, NR, Catalunya, caja 56, carpeta 3 y *Trabajadoras de Seidensticker*, CCOO de Tarragona, X-1966, Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fondo del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), n.º 1603, caja 130.
- ³³ *Informe mensual*, correspondiente al mes de julio, 10-IX-1974, p. 10, AHPT, CNS, caja 342. Se especificará el mes al que corresponde el informe mensual, pues los de julio y agosto de 1974 llevan fecha de septiembre y el de aquél mes está fechado en octubre. Este retraso no sucede con el resto de informes de la serie 1973-1976, ya que suelen llevar fecha del último día del mes en cuestión.
- ³⁴ *Abc* (16-VIII-1974). Según los informes mensuales de la OSE, el seguimiento fue de 313 trabajadoras (90% de seguimiento), si bien aparece rectificado a 160 (46%) en bolígrafo azul y claramente obra de otra persona en un momento posterior. Esta confusión de cifras es recurrente en los informes de la OSE y puede ser interpretada como la modificación posterior del número de huelguistas al ser un gran número de ellas despedidas.
- ³⁵ *Informe mensual*, correspondiente al mes de julio, 10-IX-1974, p. 14, AHPT, CNS, caja 342.
- ³⁶ La prensa legal publicó que fueron 175 las trabajadoras sancionadas.
- ³⁷ Cartas del director de Valmeline SA al Magistrado de Trabajo de Tarragona adjuntas a los expedientes 811/74, 812/74 y 813/74, con fecha de 1-VIII-1974, AHPT, Fondo Magistratura de Trabajo (MT), caja 118. La consulta de estos expedientes con fines de investigación fue autorizada por escrito al autor el 5-IV-2017 por Ángela Ibars Cabrera, Letrada de la Administración del Juzgado Social n.º 1 de Tarragona.

- ³⁸ *Memoria de actividades*, 1973, AHPT, CNS, AS, caja 352; Consejo Superior del Ministerio de Industria, *Memoria 1973*, copia para la CNS de Tarragona fechada el 3-I-1975, p. 253, AHPT, CNS, caja 11.
- ³⁹ *Informe mensual*, correspondiente a agosto, 19-IX-1974, p. 13, AHPT, CNS, AS, caja 342.
- ⁴⁰ *Lluita*, 16 (X-1974).
- ⁴¹ *ABC* (16-VIII-1974).
- ⁴² *Diario Español* (17-VIII-1974).
- ⁴³ *Treball*, 396 (3-IX-1974).
- ⁴⁴ *Diario Español* (21-VIII-1974).
- ⁴⁵ *Informe mensual*, correspondiente a agosto, 19-IX-1974, p. 12, AHPT, CNS, AS, caja 342.
- ⁴⁶ *Diario Español* (27-VIII-1974).
- ⁴⁷ *La huelga de Valmeline. (Informe y valoración)*, s.f. [IX-1974], p. 5, ANC, PSUC, n.º 1538, caja 127.
- ⁴⁸ Cartas del director-gerente de Valmeline en Tarragona, Wolfgang Baumhögger; a la Delegación Provincial de Sindicatos, 23-VIII-1974, AHPT, MT, caja 118, exp. 811/74, 812/74, 813/74.
- ⁴⁹ Entrevista a Ángeles de la Fuente Benito, 2007, AHCT, FS. Original en catalán, traducido por el autor.
- ⁵⁰ *Informe mensual*, correspondiente a agosto, 19-IX-1974, p. 9, AHPT, CNS, AS, caja 342.
- ⁵¹ *Treball*, 296 (3-IX-1974).
- ⁵² *Informe mensual*, correspondiente a agosto, 19-IX-1974, p. 14, AHPT, CNS, AS, caja 342.
- ⁵³ Propuesta de sanción de Valmeline SA, 31-VIII-1974, AHPT, MT, caja 118, exps. 811/74, 812/74 y 813/74.
- ⁵⁴ BARDAJÍ, Federico, *Bonavista, una biografía social*, Tarragona, Silva, 2015, pp. 90-95.
- ⁵⁵ RIERA, Ignasi y BOTELLA, José, *El Baix Llobregat. 15 años de luchas obreras*, Barcelona, Blume, 1976, pp. 105-128.
- ⁵⁶ *Informe mensual*, correspondiente a agosto, 19-IX-1974, p. 13, AHPT, CNS, caja 342.
- ⁵⁷ ARNABAT, Ramon, «El moviment obrer autogestionari i el Topo Obrero (1972-1982)», en LOFF, Manuel y MOLINERO, Carme (eds.), *Sociedades en cambio: España y Portugal en los años setenta*, CD-ROM, Barcelona, CEFID, 2012.
- ⁵⁸ HERAS, Pedro, *La oposición al franquismo en las comarcas de Tarragona (1939-1977)*, Tarragona, Mèdol, 1991, pp. 88 y 94.
- ⁵⁹ Guión de discusión sobre la actividad unitaria de la JC de Catalunya, VIII-1974, p. 3, ANC, PSUC, n.º 1300 (II), caja 85.
- ⁶⁰ *Trabajadoras de Seidensticker*, X-1966, ANC, PSUC, n.º 1603, caja 130.
- ⁶¹ PARDELL, Josep, *Carta de Serós. D'algunes Organitzacions del P. a Comarques*, 2-IV-1971, AHPCE, NR, Catalunya, caja 59, carpeta 3.
- ⁶² Así lo afirma el dirigente de la Intercomarcal de Tarragona de la JCC. Entrevista a Miguel Giribets Martínez, 21-II-2017.
- ⁶³ VARO, Nadia, *Las militantes...*, op. cit., pp. 19-22 y 55-66.
- ⁶⁴ BABIANO, José, «Mujeres...», op. cit., p. 46.
- ⁶⁵ ARRIERO, Francisco, *El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo*, Madrid, Catarata, 2016, pp. 126-155; BORDETAS, Iván, «Aportaciones del activismo femenino a la construcción del movimiento vecinal durante el tardofranquismo. Algunos elementos para el debate», *Historia Contemporánea*, 54 (2017), pp. 15-45. Una perspectiva global sobre el movimiento vecinal en Catalunya, en MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere (coords.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria, 2010.
- ⁶⁶ Entrevista a Andreu Mayayo i Artal, I-IX-2016.
- ⁶⁷ FERRER GONZÁLEZ, Cristian, «Bastint l'antifranquisme de masses. La JCC més enllà de la Gran Barcelona, 1962-1976», *Dictatorships & Democracies*, 4 (2016), en especial las pp. 186-188.
- ⁶⁸ *Memoria de actividades*, 1974, p. 6, AHPT, CNS, AS, caja 352.
- ⁶⁹ *Diaria Español* (7-IX-1974).
- ⁷⁰ *Diario Español* (8-IX-1974).
- ⁷¹ Entrevista a Juan Aragón Crespillo, 2001, Arxiu Històric de la Comissió Obrera Nacional de Catalunya (AHCONC), Fondo de Biografías Obreras (BO).
- ⁷² Entrevista a Manuel Martín Bravo, 2001-2002, AHCONC, BO.
- ⁷³ Entrevista a Juan Aragón Crespillo, 2001, AHCONC, BO.
- ⁷⁴ Sobre la creación de mitos en la cultura oral, resulta altamente sugerente el capítulo de CABANA, Ana, «Sobrellevar la vida: memorias de resistencia y resistencias de las memorias al franquismo», en ARCO BLANCO, Miguel Ángel del, et al. (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Comares, Granada, 2013, pp. 97-108.
- ⁷⁵ VARO, Nadia, «Mujeres en huelga...», op. cit., p. 168.
- ⁷⁶ BARDAJÍ, Federico, op. cit., p. 177.
- ⁷⁷ *Expediente de crisis en Valmeline. Las trabajadoras informan*, IV-1976, AHPT, Fondo de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Tarragona (FAVT), caja 5, carpeta 1.
- ⁷⁸ DUCH, Montserrat y FERRÉ, Meritxell, op. cit., p. 174; CUADRADA, Coral y GUTIÉRREZ, Esther, op. cit., pp. 245-248.
- ⁷⁹ Sobre estos conflictos, véase Fundación Espai en Blanc (coords.), *Luchas autónomas en los años seten-*

ta. *Del antagonismo obrero al malestar social*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008; PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977). Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

⁸⁰ Sobre las características de la crisis de hegemonía del franquismo, véase YSÀS, Pere, «La crisis de la dictadura franquista», en MOLINERO, Carme (ed.), *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006, pp. 27-58.

⁸¹ ELEY, Geoff y NIELD, Keith, *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010, pp. 137-139 y 195.

⁸² BALFOUR, Sebastian, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1994, pp. 127-128; DOMÈNECH, Xavier, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Catarata, 2008, pp. 22, 206 y ss.

⁸³ AGUADO, Ana, «Aprendiendo democracia: ciudadanas, republicanas y socialistas (1931-1936)», en AGUADO, Ana y SANFELIU, Luz, *Caminos de democracia. Ciudadanías y culturas democráticas en el siglo XX*, Granada, Comares, 2014, pp. 27-44.